

Comentario de Carlos Marquis a la exposición de Wieste De Vries*

La ponencia de De Vries es infrecuente en el árido campo de los discursos universitarios. Es un trabajo que incluye el humor en la mirada sobre los indicadores universitarios y así como hemos disfrutado al oírla, seguramente la volveremos a disfrutar al leerla. Pero además del ameno y desenfadado estilo de Wieste en el trabajo existen interesantes cuestionamientos a las políticas universitarias contemporáneas y muchos puntos que nos harán pensar en nuestro país ya que la situación mexicana y argentina no son muy distintas, veamos algunas semejanzas con las afirmaciones de De Vries:

1. es difícil construir indicadores;
2. es más difícil aún que estos indicadores reflejen exactamente lo que se desea observar;
3. es preferible que los indicadores sean elaborados por los actores

implicados en las actividades y no desde fuera;

4. es frecuente la bizantina discusión sobre los indicadores cualitativos o cualitativos, como si no pudieran unos y otros sernos útiles para mostrar la diversa complejidad de las instituciones universitarias;

5. es difícil que los actores universitarios realicen valoraciones objetivas de los indicadores complejos, especialmente los vinculados con las alternativas de distribución presupuestaria; éstos son valorados según produzcan “buenos” o “malos” resultados hacia las instituciones desde la cual se los valora; y

6. además es particularmente interesante el comentario de Wieste respecto a la “cascada” de presiones que para la construcción de información y de indicadores se genera finalmente alrededor del actor más crítico del sistema: el profesor.

* Director Ejecutivo del FOMEC.

Para nosotros, en el FOMEC, el tema de los indicadores ha resultado una cuestión central para el accionar del programa y por supuesto también ha sido dificultoso. Como sabrán, los proyectos deben presentar los objetivos y metas a lograr, así como los indicadores que mostrarán sus logros. Ahora bien, en el análisis de los indicadores de los 500 proyectos vigentes, podemos afirmar que no siempre han sido instrumentos útiles, ya que –como dice De Vries–, tendieron a ser construcciones muy particulares que distan de mostrar lo que sucede y más bien “maquillan” los datos.

Es interesante la discusión que propone sobre los indicadores de impacto versus los indicadores de insumos. Efectivamente en México, así como en la Argentina y en muchos otros lugares, los sistemas de educación superior han cambiado y después del *shock* producido por el incremento en el número de alumnos en los ochentas, durante la década siguiente los países han hecho esfuerzos para mejorar la calidad, incorporando nuevos equipamientos en los laboratorios y recursos didácticos modernos, profesores con posgrados y renovados diseños curriculares. Pero la pregunta genuinamente válida es si esas inversiones han servido para

mejorar el aprendizaje de los alumnos. Los insumos son mayores, pero ¿los resultados académicos producidos a través de esos esfuerzos son mejores?

Veamos la cuestión de los datos a las que se refiere Wieste. En 1989 no había datos en México y en 1993 tampoco los había en la Argentina. No solamente no había datos sino que fue muy dificultoso organizarlos, armarlos, recuperarlos, etcétera, y se fueron reconstruyendo las vías de información que hoy son un aporte útil aunque tengamos dificultades con la construcción de indicadores. Admito que la información aproximada es un riesgo, pero creo que es preferible el dato aproximado a la desinformación y en ese sentido me parece que se han dado pasos claves, tanto desde los gobiernos como desde las instituciones en disponer de mejor información sobre el estado que guardan las variables, aunque aún resulte imperfecta.

Por otra parte, comentaba el expositor sobre algunos de los efectos no deseados de las políticas de estímulos y daba ejemplos que resultan totalmente aplicables al caso argentino. Una vez que se conoce la política o el estímulo a aplicar los actores se “maquillan” según qué perfil les conviene presentar, el cual –asombrosamente– no siempre es el

mejor. Permítanme recordar una anécdota: en 1995 se diseñó la primera evaluación de los posgrados que acreditó la Comisión de Acreditación de Posgrados (CAP) y se estableció una gradación en 3 niveles, llamados A, B y C. Posteriormente se creó el FOMECE que asociaba el financiamiento de los posgrados a la categoría que éstos obtuvieran. Los posgrados A, los de excelencia, podían recibir becarios, porque eran muy buenos, pero los posgrados C, apenas buenos, no podían recibir becarios aunque sí apoyos para mejorar su calidad: profesores visitantes, equipamiento, etcétera. En el medio quedaba una franja de programas de posgrado, calificados B, que no eran de excelencia, pero sí bastante buenos, en tal caso mucho mejores que los C. Finalmente, la estrategia de muchos programas, fue la de tratar de ser calificado como B en la expectativa de obtener los beneficios de ambas franjas. Y debo reconocer que en muchos casos resultó una estrategia exitosa.

Cuando se prescriben los grados a obtener en los indicadores para la obtención de determinados estímulos, los actores tratan de cumplir con ellos, antes que con

aquello que indican. Como dice De Vries “cumplir con los indicadores de Harvard no nos hace ser Harvard”, pero ¿es posible cumplir con los indicadores de Harvard sin ser mejores de lo que somos?

Hay un dato que ofreció De Vries en su exposición que resulta interesante para comparar. La política de incentivos a la investigación en el caso mexicano se llama Sistema Nacional de Investigadores y ha promovido a 6.000 investigadores sobre 170.000 profesores que hay en el sistema, en la Argentina sobre 100.000 profesores hay 18 o 20 mil categorizados en incentivos. ¿Serán números reales o habrá aquí una inflación de investigadores, quienes –sin embargo– deben haber cumplido cabalmente con los indicadores de producción?

Hace unas décadas se instaló el planeamiento universitario, se desarrolló y, finalmente, se burocratizó y se hizo poco útil. En otros momentos hemos visto florecer y decaer otras estrategias de desarrollo institucional, los presupuestos base cero, el presupuesto por programas, el planeamiento estratégico... y ahora hablamos de los indicadores. Ojalá tengan un destino mejor.